

Homilía

Razones para mantener la esperanza

XVI Aniversario de los mártires y 40 años de la UCA

Rodolfo Cardenal S. I.*

Esta noche de conmemoraciones —dieciséis años desde aquel 16 de noviembre de 1989 y cuarenta desde la fundación de esta Universidad— quisiera transmitirles esperanza. Mi propósito no es fácil, porque el panorama que nos rodea es desolador. Sólo los insensatos pueden mirar el futuro de El Salvador con optimismo. Aparentemente, desde una perspectiva racional, quizás no haya razones para la esperanza. Pero desde la perspectiva de la fe cristiana, siempre hay motivos para ella. Es más, el cristiano, tal como insistía Mons. Romero, siempre debe mirar más allá de la apariencia y de la realidad inmediata. La esperanza cristiana no descansa en la globalización y los tratados de libre comercio, ni en las alianzas con los poderosos de este mundo, ni siquiera en la democracia y las teorías de la gobernabilidad. La esperanza que se apoya en ellos es una esperanza vacía. La esperanza cristiana mira al reino de Dios, pero sin abandonar la historia. Esa fue la esperanza de los mártires, que esta noche renovamos aquí, y esa es la esperanza profunda desde la cual la UCA analiza la realidad nacional.

Un análisis cuidadoso de la realidad en la cual vivimos hoy, no da pie para la esperanza, pues “su aspecto no tiene nada atrayente y es la viva imagen del dolor,

* Vicerrector Académico y de Proyección Social de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA). Homilía ofrecida por el Vicerrector Académico en la vigilia de los mártires de la UCA, el 12 de noviembre de 2005, y en ocasión de los 40 años de existencia de la Universidad.

del sufrimiento, del desprecio y de la marginación”, en una palabra, de la víctimas. Las palabras del profeta Isaías sobre el Siervo de Yahvé, que hemos escuchado en la primera lectura, se aplican con asombrosa precisión a nuestra realidad actual, ya que el profeta se refiere no a un individuo, sino a una colectividad, en concreto, al pueblo. La realidad doliente del pueblo salvadoreño provoca reacciones contrarias a la Palabra de Dios. Algunos piensan que su aspecto repulsivo es castigo y humillación divina, por su “mal comportamiento”. Sin embargo, el profeta nos avisa que la fuente del sufrimiento, del desprecio y de la desigualdad no es Dios, sino “nuestras rebeldías y nuestras maldades”. Es decir, la causa de los padecimientos del pueblo salvadoreño no se encuentra en Dios, sino en quienes se dejan llevar por la avaricia y la concupiscencia del poder. Nuestros comportamientos despreocupados e irresponsables también contribuyen a esos padecimientos. Nuestras relaciones sociales y personales, con frecuencia, están movidas por el egoísmo y son violentas. Tendemos a imponer nuestra voluntad por la fuerza y sólo nos detiene la fuerza del otro. Por eso, por lo general, la víctima casi siempre es la parte más débil. Estas prácticas violentas nos han deshumanizado de tal manera que, a veces, ni siquiera somos conscientes de la normalidad con la que recurrimos a ellas.

La misma despreocupación e irresponsabilidad mostramos, unos más que otros, ante el medioambiente, tal como nos lo acaban de recordar la erupción del volcán de Santa Ana y las lluvias intensas, consecuencias de tormentas tropicales y dos huracanes. Estos desastres, y todos los desastres, no son tanto naturales como sociales. La prevención y la mitigación harían casi imposible el desastre. Atribuir a Dios aquello que es consecuencia directa de nuestra rebeldía o de nuestra despreocupación, es evadir nuestra responsabilidad. En consecuencia, significa usar su nombre en vano.

En los mártires, quienes, movidos por el amor de Dios,
hicieron suya la causa de los pobres, de los despreciados y
de las víctimas de la injusticia, brilla el futuro del reino.
Es lo que aprendimos de la vida y de las palabras de Jesús.
Es lo que debiera iluminar y dar sentido a nuestra vida.

Cuando escuchamos al Isaías decir que el Siervo de Yahvé, pese a ser maltratado, se somete humilde y solidariamente, sin “ni siquiera abrir la boca”, que lo llevan “como oveja al matadero”, que lo apresan injustamente y nadie lo defiende, ni se preocupa de él, que lo “arrancan de esta tierra, le dan muerte y lo entierran como a un malhechor, aun cuando nunca hizo mal, ni engañó a nadie” es imposible no pensar en el pueblo salvadoreño, empobrecido y forzado a vivir en la desigualdad, en la enfermedad, en la ignorancia, sin vivienda y sin servicios básicos; imposible no pensar en los centenares de emigrantes que, semana a semana, optan por abandonar el país, poniendo su vida en grave riesgo, porque no encuentran en él

un medio de vida digno; imposible no pensar en ese pueblo al que ahora acusan de negarse a trabajar en la recolección de las cosechas por haberse acostumbrado a la comodidad de las remesas, cuando en realidad, se niega a trabajar porque el esfuerzo es mucho y la paga, miserable; imposible no pensar en las capturas de medianoche, cuando la policía derriba las puertas de las viviendas, golpea y apresa a muchos inocentes, sospechosos de ser delincuentes, sólo por ser pobres; imposible no pensar en los menores abusados sexualmente por sus parientes o en las mujeres, sometidas y humilladas por el machismo; imposible no pensar en tantos ajusticiados de forma sumaria, durante el conflicto y después de él, enterrados como desconocidos, o desaparecidos, u olvidados, humillados y despojados de dignidad y de memoria. Imposible no pensar en los mártires del pueblo salvadoreño, a quienes conmemoramos esta noche, junto con los mártires de la UCA y Mons. Romero.

El sufrimiento y la impotencia, sin embargo, no deben llevarnos a “envidiar a quien triunfa en la vida, cometiendo injusticias y haciendo el mal”. El salmista nos advierte contra esta tentación, en un tono claro y muy fuerte. La prosperidad que descansa en la injusticia y en el mal no proviene de Dios, ni lleva a Dios, “lo poco que tiene la persona buena es mejor que la riqueza del malvado”. Es más, quien comete injusticia, aun cuando los jueces y magistrados de este mundo desconozcan sus crímenes y los absuelvan de ellos, “desaparecerá y será rechazado por el Señor”. Los violentos y los injustos no tienen futuro. El Señor “se ríe de ellos”. Por eso, su seguridad es temporal y falsa. La salvación está reservada “a los oprimidos, porque han puesto su confianza en el Señor”. En lugar de poner nuestros ojos en aquellos a quienes les va bien y se rien de la vida, debemos fijarnos en el hombre y la mujer honrados, pues “su futuro es la paz”.

En la medida en que este futuro se abra, el pueblo, según el anuncio de Isaías, “tendrá éxito y será puesto en un lugar de honor”, pero no por los poderes de este mundo, sino por Dios mismo. Quienes asesinaron a Mons. Romero, a los mártires de la UCA y a tantas y tantos salvadoreños de buena voluntad calcularon mal. Pretendieron aniquilarlos, pero Dios los ha colocado en un lugar de honor. Sus crímenes siguen impunes, pero el Señor “se ríe de ellos”. Aparentemente viven seguros en medio de sus riquezas y su poder, pero para ellos, según el salmista, “el futuro del injusto es la nada”.

En esta noche de recuerdos y conmemoraciones, me gustaría invitarlos a esperar sólo en el Señor y a “obrar el bien”, a mantenernos firmes en la fe y en la esperanza. Por eso, esta noche debiera ser también noche de compromiso con nuestra propia conversión, personal y comunitaria. El camino a recorrer lo tenemos trazado en las Bienaventuranzas, donde se condensa el significado del evangelio del reino. Su trasfondo es el cambio radical. No debemos, pues, poner nuestra confianza en la riqueza y en el poder, sino sólo en Dios. No debemos hacer violencia, ni cometer injusticia contra nadie. Nuestra conducta debe estar guiada por la justicia, tal como Dios lo ha ordenado a su pueblo. Debemos dar más importancia a

la misericordia que al sacrificio. Debemos alejarnos de todo pecado y obedecer a Dios en todo. Debemos estar preparados para recibir injurias y para ser perseguidos, por causa de la justicia del reino de Dios.

Los seguidores de Jesús esperamos en una promesa incondicional de salvación para los pobres, los pacientes, los que lloran, los que tenemos hambre y sed de justicia, los compasivos y los perseguidos por anunciar esta buena noticia del reino. Esta promesa significa la inversión radical de la realidad actual, desde abajo. Desde las víctimas y desde quienes se despojaron de su vida para entregarla para que ya no hubiera más víctimas. La conmemoración de su vida y de su entrega nos debieran comprometer a creer en esa promesa incondicional y, en consecuencia, a vivir también nosotros conforme a ella. En los mártires, quienes, movidos por el amor de Dios, hicieron suya la causa de los pobres, de los despreciados y de las víctimas de la injusticia, brilla el futuro del reino. Es lo que aprendimos de la vida y de las palabras de Jesús. Es lo que debiera iluminar y dar sentido a nuestra vida.

La promesa es contraria a los tratados de libre comercio, que nos prometen bienestar; a la democracia, que nos promete libertad; a la incitación al consumo, que nos promete felicidad; a la invitación a la diversión, que nos promete pasarlo bien. Desde el momento en que estas promesas generan víctimas, sufrimiento y muerte, son promesas huecas. La vida verdadera va por otro lado. Puede ser que, por buscarla o por luchar por ella, nos vaya mal —que nos desprecien, que nos insulten, que pasemos por malos ratos—, pero podemos tener la seguridad de caminar, iluminados por los mártires, al encuentro de Dios. No debemos



desesperarnos, no debemos sentirnos abandonados, ni aplastados. Nuestro futuro es la verdad, la justicia y la paz.

Nuestra garantía es que el condenado, el colgado y el abandonado es el mismo que ha sido levantado de entre los muertos, antes que todos los demás, por el poder de Dios. Así, la esperanza suscitada por la resurrección de Jesús, nos abre el futuro a su reino. La fe y la esperanza, la disposición a pedir perdón y a recibir perdón, a superar el egoísmo, individual y colectivo, a abrirnos a la familia humana, al gozo de la convivencia sin miedos, ni temores y, por otra parte, la trascendencia a la cual nos lanzan el reino de Dios y la resurrección, nos abren la posibilidad a una vida nueva, humana y cristiana. La esperanza suscitada por la resurrección de Jesús brota hoy en las víctimas, condenadas a la muerte rápida de la violencia o a la muerte lenta de la pobreza, y abandonadas a su suerte, por un mundo cada vez más inhumano. La esperanza verdadera es que no haya más víctimas y que la verdad, la justicia y la paz sean realidad cotidiana. Los mártires nos ayudan a creer y a construir esta esperanza. El futuro no puede construirse sobre más violencia y más víctimas, aun cuando se trate de los verdugos. La fuerza de la esperanza no está en su aniquilación, sino en una nueva forma de vida.

Esta esperanza, la esperanza de los mártires del pueblo salvadoreño, nos reúne esta noche, en torno a la mesa del Señor, la mesa a la cual todos y todas estamos invitados a compartir, en la cual hay un sitio para todos. Los mártires nos duelen todavía; más nos duelen la impunidad y la injusticia de sus verdugos. Pero estos mártires son nuestra luz, la luz que ilumina nuestro caminar. Por eso, les estamos agradecidos y desde nuestro agradecimiento brota nuestra alegría. Esta noche, como todas las noches desde hace dieciséis años, estamos orgullosos y alegres, por contar con ellos, por llevarlos delante como ejemplo de fe y esperanza, quiera el Señor Jesús ayudarnos a estar a su altura, a la altura del reino de Dios. Así sea.

Vigilia de los mártires de la UCA.
San Salvador, 12 de noviembre de 2005.

1078-blanca